



**Alejandro Cabrera.** Sin título (1988).  
Fotografía sobre papel. 60 x 46 cm.  
Colección del autor. Madrid.

# *Recuerdos de Carlos Berlanga*

BERNARDO BONEZZI



Conocí a Carlos Berlanga alguna tarde de 1977, la misma en que lo hizo Alaska. No recuerdo los detalles, supongo que posiblemente estaban Manolo Campoamor y El Zurdo; sé que Alaska me había llamado y me había dicho que tenía una cita con dos chicos para que formaran parte del grupo Kaka de Luxe, y que uno de ellos era hijo de un director de cine. No sé si tenía aún doce años o había cumplido ya los trece, pero en mi corta vida la idea de conocer al hijo de un director de cine me pareció algo tremendamente excitante. Tampoco recuerdo dónde se produjo el encuentro, pero esa tarde conocimos a Carlos y a Nacho Canut. Éste era reservado y Carlos extremadamente tímido; no encontré el glamour que esperaba, y tuve que preguntarle a Alaska cuál de los dos era el hijo del director de cine. No recuerdo qué se habló, pero desde luego allí se gestó una relación que iba a cambiar nuestras vidas y la historia de la música pop española.

Alaska consiguió formar Kaka de Luxe tocando la guitarra; sin embargo el grupo, aunque era lo más interesante y lo más cercano a la modernidad dictada por Londres que había por entonces, no acababa de resultar claro. Recuerdo algún concierto, y no tenía sentido que aquella chica estuviera relegada a una guitarra que apenas sabía tocar, y hubiera dos cantantes, además tan opuestos en todos los sentidos como lo eran Manolo Campoamor y El Zurdo. Carlos no tocaba ningún instrumento, y su timidez le impedía salir a escena; poco a poco, empujándolo, se consiguió que saliera a hacer algún coro, pero se le veía agarrotado y creo que incluso alguna vez salió al escenario con el abrigo puesto.

Pese a que Alaska y yo éramos amigos íntimos, no acababa de ver claro ese grupo para mí; yo ya componía canciones y quería ser el cantante y guitarrista de mi propio grupo. También lo conseguí; poco después formé Zombies, y acabamos compartiendo el mismo local de ensayos. En cualquier caso, había algo en aquellos momentos, más importante que la música que estábamos haciendo, y eran las relaciones personales que se estaban creando. Se ha dicho en varias ocasiones que yo quería ser miembro de Kaka de Luxe, lo cual no es cierto, lo que ocurre es que enseguida nos convertimos en muy buenos amigos, y en cambio con los miembros de mi grupo la relación era estrictamente laboral.

Los dos centros neurálgicos del grupo de amigos que habíamos formado Carlos, Nacho, Alaska, Manolo y yo (al principio también estaba El Zurdo, aunque acabó desapareciendo por su propia liviandad) eran el piso de los padres de Nacho y el Rastro. Alguna vez, pero mucho menos, también nos encontrábamos en el apartamento de Alaska en la calle Princesa, pero ahí estábamos relegados a su habitación, ya que en el apartamento vivían también su madre y su abuela. El piso de Nacho en Núñez de Balboa, en cambio, lo recuerdo enorme, y los fines de semana sus padres no estaban. Allí nos reuníamos, hablábamos, reíamos, hacíamos los planes para nuestros grupos y, sobre todo, escuchábamos música. En cualquier caso, sobre todo Alaska y yo que nos conocíamos anteriormente y habíamos vivido en la soledad intelectual, sentíamos que por fin habíamos encontrado a gente con gustos y actitudes vitales similares, en la aridez del progresismo izquierdista que vino tras la muerte de Franco, de barbas y chaquetas de pana.

El otro centro neurálgico era el Rastro, donde poníamos un puesto todos los domingos para vender tonterías, pero nos servía en cierto modo como punto de encuentro con otra gente que también estaba más o menos en nuestra onda. Poco a poco el círculo se fue ampliando, empezaron los conciertos, y fuimos conociendo a gente nueva, además de gente de la radio. Sobre todo, empezamos a conocer a gente algo mayor que nosotros, por lo general relacionada con las artes, y que se movían por las noches, algo que nosotros hasta entonces no habíamos apenas hecho.



Alaska y los Pegamoides.  
Partitura de *Quiero salir* (1981)  
Impresión sobre papel.  
31 x 21,5 cm.  
Colección particular. Madrid.

Mientras tanto, Carlos había empezado a aprender a tocar la guitarra; recuerdo que con mucha soltura, tanta que no tenía sentido el que no hubiera empezado a hacerlo antes. Aunque hablo de un período en que lo que se llevaba eran canciones de tres acordes, ya se intuía en Carlos un afán de conocimiento mayor. No se contentaba fácilmente, y una vez que había aprendido los tres acordes básicos, quería aprender un cuarto. Durante toda su vida este afán de conocimiento musical y superación continuó; lo que me apena es su falta de disciplina para desarrollar su talento con un profesor, lo cual le hizo estar siempre a merced de arreglistas y de sus limitaciones con los instrumentos.

Empezó a componer con Nacho, con una gran facilidad e intuición para sacar adelante melodías pegadizas pero originales al mismo tiempo. No recuerdo al detalle cómo fue la transición hacia Alaska y los Pegamoides, además ya ensayábamos en locales distintos, pero por fin el grupo tenía sentido, con Alaska al micrófono como cantante solista, Carlos a la guitarra y Nacho al bajo.

El tiempo fue pasando, y la música cambiando. Personalmente, empecé a distanciarme del “grupo”, y cultivé nuevas amistades con aquella gente que habíamos ido conociendo. Alaska y Nacho seguían fascinados por Ramones y Siouxsie, mientras que a mí me empezaban a interesar más los grupos de “intelectuales” neoyorquinos como Talking Heads y

Television Incluso en la música británica, prefería Magazine a The Clash. Carlos se encontraba dividido entre dos mundos, ya que por un lado las directrices musicales de Pegamoides estaban claramente definidas en el estilo de las canciones de tres acordes con letras pop; sin embargo por otro lado, él personalmente, se sentía más atraído hacia una música algo más sofisticada como la que mis amigos y yo escuchábamos, y yo empezaba a hacer con Zombies.

Ignoro cómo serían los ensayos y las relaciones entre los Pegamoides, lo que sí era obvio era que los motores estéticos y musicales eran Nacho y Alaska. No sé qué papel jugó Carlos cuando ingenuamente permitieron a un batería tomar las riendas del grupo y llevarlos al estilo gótico, ni cuando, también ingenuamente, permitieron que un fan se convirtiera primero en su manager y poco a poco en el dueño del grupo. Dudo que Carlos estuviera de acuerdo, pero supongo que se dejaba llevar y seguía componiendo con Nacho.

Mientras tanto, aparecieron en escena dos pintores que se hacían llamar Costus. Tenían una casa “abierta” en la calle de La Palma, en la que, al principio, se podía uno presentar a cualquier hora. Alaska se hizo muy amiga de ellos y tanto Carlos como yo íbamos de vez en cuando, ya que se había acabado convirtiendo en el sitio donde encontrarse por las noches antes de salir, y siempre estaba llena de amigos. Así pues, aunque obviamente no con la intensidad de los primeros tiempos, seguí estando en contacto con Alaska y Carlos. Nacho apenas aparecía por allí.

Y por fin llegó 1980, cuando tanto Alaska y los Pegamoides y Zombies editaron sus primeros discos, al igual que algún otro grupo; se nos llamó “Nueva Ola Madrileña”. Lo de la “Movida” vendría más tarde. Por los lógicos compromisos laborales, fue un período en que no vi a Carlos demasiado; también las mutuas amistades y el mundo alrededor estaban cambiando. No supe qué pensar al ver la portada del disco *Grandes éxitos*: en primera fila, en el centro, Eduardo Benavente; en un lado Alaska y en el otro Ana Curra muy metidas en el estilo gótico y Carlos y Nacho en segunda fila. Supuse que habrían llegado a algún tipo de compromiso, ya que vi que había temas co-compuestos por Eduardo pero también Carlos se había salido con la suya y había hecho la versión del tema “Bailando” que siempre había querido hacer, funk, con una parte rap y arreglos de metales, muy lejanos al gótico.

Se ha dicho frecuentemente que a Carlos no le gustaba hacer actuaciones en directo, pero no era exactamente así. En ese sentido éramos iguales; en nuestra inocencia, habíamos pensado que, una vez que tuviéramos una compañía discográfica detrás, el mundo del directo iba a ser más agradable y fácil. Sin embargo, seguíamos tocando en pueblos desconocidos en los que prácticamente se reían de nosotros, teníamos que realizar largos viajes en destartaladas furgonetas, y cada uno cargar con su equipo. O sea, todo lo opuesto del mundo de glamour que esperábamos, y una forma de tomar cons-



Miguel Trillo  
*Alaska y los Pegamoides tras su concierto en la Escuela de Caminos de Madrid (1981)*  
Fotografía sobre papel.  
Colección del autor.



Javier G. Porto

*Bernardo, Carlos y Fabio en Rock-Ola* (1982)

Fotografía sobre papel.

Colección del autor.

ciencia de que aunque Madrid fuera muy “moderna”, el resto de España, especialmente la rural, estaba a años luz de nosotros. El resto del grupo, sin embargo, siguió actuando todo lo que podía.

A mediados de 1981 me volví a reencontrar con Carlos, y, como suceden estas cosas, casualmente, formamos un nuevo círculo de amistades consistente, además de Carlos y yo, en el pintor Sigfrido Martín Begué, Pedro Almodóvar y Fabio McNamara. Nuestro punto de encuentro era el apartamento de mis padres primero, y después mío, en el piso 16 de la Torre de Madrid. Al principio, como ocurrió antes en casa de Nacho, mis padres se iban los fines de semana, y más tarde conseguí quedarme el apartamento para mí sólo. Fue quizás uno de los mejores momentos de la vida de todos los que componíamos ese “grupo”; estábamos todos empezando a cosechar las primeras semillas del éxito en nuestras profesiones, Rock-Ola estaba en pleno apogeo y la vida era sencilla. Recuerdo esa época como de risas y diversión continuas. También fue el momento en el que desarrollé una amistad más profunda con Carlos. Durante esa época hicimos el disco y las actuaciones en directo de Almodóvar-McNamara; aunque Carlos sólo firmara un tema junto a nosotros tres, su alma estaba presente en todo momento. No recuerdo en qué fase estaría Carlos y porqué no contribuyó más; posiblemente estaría intentando recuperar su grupo o formando el nuevo, Dinarama.

En 1983 Carlos se tuvo que ir a Tenerife a hacer el servicio militar, y todo aquello terminó. Aunque el grupo de amigos seguíamos haciendo cosas juntos, ya nada era igual. Pedro estaba empezando a ser conocido en España, y yo estaba pasando por uno de los peores períodos de mi vida, tras deshacer Zombies en enero de 1982 y empezar una deprimente lucha con los directivos de mi nueva compañía, CBS. Durante el verano fui a visitar a Carlos a Tenerife, donde vivía en un piso alquilado. Lo pasé bien, también estaba Paloma Chamorro, pero noté qué algo había cambiado en Carlos; donde antes había ingenio y chispa, ahora había cinismo y acritud. Sin duda alguna, el servicio militar causó un gran trauma en alguien con la sensibilidad de Carlos, que ya nunca volvería a ser el mismo.

Al año siguiente, 1984, Carlos volvió de la mili visiblemente cambiado. Dejó de vivir en casa de su familia para vivir solo, y no nos veíamos con tanta frecuencia como antes. Consiguió hacerse de nuevo con las riendas del grupo, aunque se llamara Alaska y Dinarama. Grabaron el disco *Deseo Carnal*, que tuvo un éxito enorme, y en el que se veían claramente reflejados los gustos de Carlos y su personalidad en cuanto a los arreglos de cuerda y metales. Eran “como” la música que le interesaba en aquel momento. Y el “como” siempre fue el estímulo de Carlos a la hora de componer. De alguna forma le resultaba difícil ponerse a componer sin más, siempre buscaba

alguna referencia. Es decir, pensaba, “*voy a componer una canción como X*”, y así se ponía y la hacía. Como suele ocurrir, al final la canción no tenía nada que ver con “X”, y tenía su marca inconfundible. Yo, que empezaba a hacer música para películas, había empezado a estudiar para no tener que recurrir a otros y saber expresar mis ideas. Me hacía gracia cuando Carlos oía algo, a su parecer difícil, como por ejemplo un cambio de tono en una canción, y enseguida lo hacía él también, pero a base de intuición.

Pasó el tiempo y nuestras vidas tomaron rumbos distintos; por supuesto que cuando nos veíamos lo pasábamos muy bien, pero esto ocurría sólo de vez en cuando. También él, harto de la música pop, terminó con Dinarama, y empezó una errática carrera en solitario, en la que por fin hacía lo que realmente deseaba, sin estar sometido a la aprobación de nadie, sin tener que ir a ensayar ni pensar en actuar. Sin embargo eran discos tristes, y cuando los oía, pensaba en que Carlos no era feliz.

Acabó encontrando la música con la que realmente se sentía identificado, la que le gustaba escuchar y le gustaba hacer, fuera ya de modas y modernidades. Esas ganas de aprender y enfrentarse a los retos musicales le llevaron finalmente al tipo de música que, pese a su aparente sencillez, utiliza los acordes y armonías jazzísticas de la manera más endiablada, como es la bossa nova. Idolatrá a Jobim e intentó acercarse a esa música que sonaba a noches de lujo tropical. Y ahora, cuando pienso en Carlos, olvido la melancolía de su música y pienso en caipirinhas en la piscina del Hotel Copacabana Palace de Río de Janeiro.



**Pablo Pérez-Mínguez**  
*Con Bernardo Bonezzi en el camerino  
de la Sala Marquee (1981)*

Fotografía sobre papel.  
Colección del autor.